

Cuento

(In)HabitualLizeth J. Piza¹

Después de haber compartido 30 años en la misma cama, todavía no alcanzaba a llegar a su corazón. Décadas atrás, su cara –la de ella– no conocía las arrugas y la piel hacía caso omiso a la gravedad; pasaron los años y él admiró cómo los senos se caían de su lugar habitual y pequeñas cicatrices aparecían alrededor del vientre después de haber dado a luz.

Él llevaba el mismo plan de conquista –el de siempre– porque creía que ella le respondería de manera habitual. No le llevaba rosas ni chocolates, pero sí la despertaba todas las mañanas y le tendía la cama; no la tomaba de la mano, le llevaba el morral que cargaba para el trabajo; le preguntaba cada noche qué deseaba comer y se lo preparaba; la besaba con ternura y ella volteaba la mirada. A ella no le desagradaba su compañero, pero antes de él hubo otro, cuyo palpitar dejó un pentagrama abierto.

Verlos era un sueño de antaño. En el 2050 las personas no se casaban, las mujeres no guardaban los vestidos de novia como reliquias y los hombres no las tomaban de la mano, no compartían una cama a menos de que necesitaran el acto carnal y no tenían hijos de manera natural, no compartían un café, no se besaban las mejillas, no se enojaban después de un plato quebrado en el suelo; no conocían una vida fuera de lo virtual.

Ellos, quienes no se encerraban en cubículos, compartían una casa, incluso la limpiaban; se llamaban, se buscaban –quizá él más que ella–; rara vez se veían a través de una pantalla. No era normal, algunos los llamaban obsoletos,

anticuados, pero él con orgullo decía que era un amor en el tiempo incorrecto. Él, quizá por inocencia, creyó en la manera clásica; pensó que el amor nunca moriría. Ella, quien más de una vez pensó en irse, ya tenía una razón para quedarse: 20 años atrás, cuando los científicos apenas estaban desarrollando los úteros artificiales, tuvo un parto natural.

Nació una niña. Creció aislada porque las personas decidieron no tener más hijos. Eventualmente, se volvió ley tenerlos con ciertos permisos y de manera artificial. Pasó tanto tiempo con sus padres que a sus 20 años lo tenía claro: odiaba a quien le había dado la vida.

“¿Por qué nos hiciste eso? ”, le preguntó la hija. “Pues porque es orden de la capital. No hay agua para lavarse el cabello”, dijo desinteresada la madre. “Eso no, no me importa la calva –y su voz se entrecortaba–. Te pregunto por qué”. “Ni siquiera entiendo de qué me habla”. “Eso, esa cosa de andar en la cama de otro”.

La palidez en su rostro la delató sin sutileza. La hija no dijo nada más, llevaba años observando un amor sin reciprocidad. En ese momento, él entró, le dio un abrazo a su hija seguido de un beso en la mejilla a su esposa.

Días después él se enteró; la joven no resistió ser cómplice de la traición. Le reclamó a su esposa, le gritó, incluso lloró cuando nadie lo veía. Cuando supo con quién lo engañaba, lo buscó. “Lo mataré”, pensó. Pero no lo hizo, no tuvo el valor de perderla. Al final, no le decía que la amaba, pero le perdonaba el hecho de que ella supiera enmascarar su indiferencia.

¹ Estudiante de la Universidad Externado de Colombia, de la carrera Comunicación social. Correo: lizeth.piza@est.uexternado.edu.co